



Habitación en la cual dejó gran parte de su acervo.



El 30 de junio de 1959, el maestro, filósofo, político y literato falleció.

EXCELSIOR:9

comunidad@nuevoexcelsior.com.mx



CONEXIÓN CON LA HISTORIA

José Vasconcelos, a 50 años de ausencia

Estas líneas recuerdan su vida, desde su nacimiento en Oaxaca, hasta su muerte a los 77 años, pasando por su formación primaria en Eagle Pass Texas y su incursión en la Revolución Mexicana

TEXTO: CARLOS BETANCOURT CID*
comunidad@nuevoexcelsior.com.mx

Eran las 8:50 del 30 de junio de 1959 cuando la luz de José Vasconcelos se extinguió. Su vida fue un torbellino y, como tal, removió a su paso los obstáculos que se le atravesaron y convirtió sus aportaciones, desde muy diversos ámbitos, en materia de discusión. Por eso no es extraño que su trayectoria siga siendo elemento de debates, en los que se refleja, sin más, una de las estrategias de acción que le dieron fama: el desafío. Porque, en esencia, más allá de su indiscutible calidad como filósofo, maestro, político y literato, en lo que se convirtió, quizá con toda intención, fue en un provocador profesional.

En México, al mencionar su nombre, vienen a la mente las memorables jornadas de principios de los años veinte del siglo pasado, cuando, primero como rector de la Universidad Nacional y después como secretario de Educación, emprendió la campaña más ambiciosa que se había implementado hasta entonces en el terreno de la enseñanza.

Entre sus encargos públicos se destaca la refundación de la máxima casa de estudios del país, junto con su lema y escudo actual. Igualmente, su huella perdura en la iniciativa para llevar la educación a los lugares más recónditos del territorio nacional. Son clásicos los libros con forros en color verde en los que recogió lo más granado de la literatura universal de todos los tiempos y que, publicados durante su gestión, se distribuyeron ampliamente entre todos los estratos de la sociedad.

Sin embargo, lo más importante es reafirmar que la vida de Vasconcelos trasciende las labores que emprendió como ministro obregonista. Su pisada firme e indeleble ante los avatares del tiempo ha dejado una hendidura en la historia nacional y, a pesar de las contradicciones que se perciben al meditar sobre ella, no puede pasar inadvertida.

Nació en la ciudad de Oaxaca el 27 de febrero de 1882 y abandonó muy pequeño su tierra natal para trasladarse con su familia al norte del país. Radicado en Piedras Negras (entonces Ciudad Porfirio Díaz), cruzaba al pequeño poblado de Eagle Pass para atender los estudios primarios.

Vasconcelos obtuvo su título de abogado con una tesis que versa sobre la Teoría dinámica del Derecho. Tras la práctica profesional, comenzó a interesarse por la política. Los tiempos corrían agitados en aquellos días de 1908. Miembro de las nuevas generaciones que después fueron revolucionarias, no fue ajeno a lo que sucedía.

Muy pronto se alineó al lado de Francisco I. Madero. Escribe entonces, en los editoriales de primera página del semanario Antireeleccionista, dardos venenosos contra los miembros de la clase política porfiriana. Pero no actuaba solo. Fue acompañado por hombres como Emilio Vázquez Gómez, Félix F. Palavicini, Roque Estrada, los hermanos Roque y Federico González Garza, entre otros. Los articulaba una consigna, que Vasconcelos se atribuyó como propia en su obra autobiográfica: "Sufragio efectivo, no reelección".

No obstante las expresiones del longevo presidente Díaz, el sistema todavía no se hallaba listo para la lucha democrática. Solamente el embate de las armas pudo depurar al mandatario que se sentía vitalicio. Tras la victoria de los revolucionarios, en 1911, el camino no estaba libre de obstáculos. Sólo 15

meses después de que Madero asumió la presidencia, su artero asesinato encumbró a Victoriano Huerta en la silla máxima. La ley había sido corrompida.

Desde la hacienda de Guadalupe, en Coahuila, Venustiano Carranza levantó la voz en defensa del mandato constitucional. Vasconcelos no era un hombre impasible. Tenía que actuar en consecuencia.

A la lucha constitucionalista se unió el polémico abogado oaxaqueño quien, entre otras obligaciones, fungió como representante de los revolucionarios en Europa; desde allá boicoteó las acciones huertistas. Pero sus diferencias con el pensamiento de Carranza se iban acentrando hasta llegar al rompimiento.

Cuando los revolucionarios por fin expulsaron del país al usurpador Huerta, la escisión entre Carranza y Vasconcelos fue inevitable. En 1914, en la Convención de Aguascalientes, Vasconcelos, quien había pisado la cárcel por disposición de don Venustiano, se alineó al lado del presidente elegido por los convencionistas, Eulalio Gutiérrez.

A fin de cuentas, se acomodó junto a los vencidos y salió al exilio. Cuba, Perú y Estados Unidos fueron su refugio en los años que corren de 1916 a 1920, cuando, tras la muerte de Carranza, se reincorporó al gobierno de la Revolución, primero con Adolfo de la Huerta y después con Obregón. En ese momento se gestó la aventura vasconceliana que tanta fama le acarrearía al filósofo, maestro, político y literato.

Más adelante, dos proyectos fallidos modificaron su semblante ante la situación mexicana; primero su búsqueda de la gubernatura de su estado natal (Oaxaca) y después el anhelo por presidir desde Palacio Nacional los designios del país. Ambos intentos resultaron rotundos fracasos con olor a fraude. El idealismo platónico de llevar a los máximos peldaños del poder al hombre sabio se enfrentó con el pragmatismo de la clase política revolucionaria que difícilmente permitiría algo así.

Muchos autores califican la campaña presidencial de 1929 como el partaguas que radicalizó su temperamento. Sumamente afectado por la derrota, se refugió en la crítica acérrima contra sus enemigos y en la transformación de su perspectiva política y espiritual.

Se le acusa, no sin razón, de apoyar los proyectos más reaccionarios de la época; lo cierto es que no dejó de ser debatible en todas sus posturas: se la pasó provocando.

Falleció a los 77 años de edad. Tal y como le aconteció en la vida, su partida no pudo mantenerse alejada de la querrela. En la revista *El Espectador*, en su número correspondiente a julio de 1959, Jaime García Terrés lo llamó "practicante y apóstol del irracionalismo: espíritu caótico y brillante; idealista y cobarde; desprendido y ególatra; anárquico frente a sí propio y defensor de tiranías lejanas". Por su parte, Enrique González Pedrero lo calificó así: "Vasconcelos nunca fue un cortesano — en su buena época que fue la etapa positiva de la Revolución — ni de los políticos ni del país [...] Vasconcelos jamás fue un simulador [...] Se pasó la vida en eterna rebeldía — con la vida y consigo mismo — diciendo en el país del 'tono menor' grandes verdades (y, también, grandes mentiras)".

Hoy, a pesar de que ya no está entre nosotros desde hace medio siglo, su pensamiento y su vida nos siguen provocando.

* SUBDIRECTOR DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA DEL INEHRM



GUARDIA
DE HONOR

El presidente Adolfo López Mateos, el licenciado Alfonso Guzmán Neyra, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y el senador Manuel Moreno Sánchez acompañados de Jaime Torres Bodet y el diputado Emilio Sánchez Piedras.

Fotos: Archivo/Excelsior



Fotografía de José Vasconcelos a mediana edad.



Con rumbo a Venecia, a un congreso, acompañado de su familia.